

Los impactos de la guerra en Ucrania golpean a América Latina

Eduardo Gudynas

Investigador en el Centro Latino Americano de Ecología Social (CLAES)

Aunque muchos podrán suponer que la guerra en Ucrania está muy alejada de América Latina, lo cierto es que sus consecuencias ya golpean a toda la región

La persistente dependencia económica en exportar materias primas resulta en una debilidad esencial que no se alcanza a superar. Los gobiernos, acompañados por sectores políticos y empresariales aprovechan los altos precios en sus bienes de exportación como argumento, incluso como exigencia, para incentivar las explotaciones mineras o petroleras o ampliar la agropecuaria. Esa medida multiplicará los conflictos sociales y los impactos ambientales, pero no resuelve ninguno de las urgencias frente a la pobreza y la desigualdad.

La invasión de Rusia a Ucrania ha desatado sucesivas olas de impactos que golpean a América Latina. La primera ola afectó a los recursos naturales que se comercian en los mercados globales, cuyos precios estaban aumentando desde hacía por lo menos un año en muchos de ellos, y que se incrementaron aún más por la guerra. Los indicadores agregados muestran que los precios de alimentos y energía aumentaron más del 125 %, y los fertilizantes superaron el 200 %. Se registraron picos históricos, como ocurrió con los alimentos con los valores más altos desde que son calculados desde 1990.

Varios países latinoamericanos son exportadores de esos commodities, y esas alzas fueron bienvenidas. Países petroleros como Ecuador, Bolivia o Venezuela, esperan retomar grandes ganancias; las naciones mineras, como Chile o Perú se entusiasman con los altos precios del litio (que se disparó en más del 400%), del cobre

(20 %) y otros minerales; y las grandes productores agroalimentarios como Argentina, Brasil y Uruguay, se encandilan con los picos del precio de la soja y otros granos.

Ese empuje tiene varias consecuencias. Por ejemplo, las petroleras buscan avanzar dentro de los bosques tropicales, las áreas naturales protegidas o incluso los territorios indígenas, o intentar nuevos abordajes, o bien iniciar operaciones en el Océano Atlántico como propone Argentina, o la insistencia con el fracking en Colombia. Al mismo tiempo, las reacciones en Europa, Estados Unidos y otras naciones industrializadas, rápidamente arrastran sectores productivos y exportadores latinoamericanos. Esto lo ilustran los planes de transición energética en Washington y Bruselas, que dispara la minería por litio en Chile, pero también en Perú, Bolivia, Argentina y tal vez México. Al mismo tiempo, los intentos de independizarse de hidrocarburos rusos alientan aumentos en la minería de carbón de Colombia, sumando todavía más presión sobre las comunidades y ecosistemas locales.

Las alzas en los precios internacionales de las materias primas potencian de distintos modos los extractivismos en América Latina, con todos sus impactos sociales y ambientales. Pero eso no implica resolver las contradicciones ya que otros factores, también ocasionados por la guerra, operan en sentido contrario.

El aumento de los precios de los combustibles se ha generalizado en todo el continente, y ello afecta directamente a la minería y la





Mecheros en la extracción de petróleo en la Amazonía

agricultura, reduciendo su rentabilidad por esos mayores costos. Al mismo tiempo, el bloqueo a Rusia y Bielorrusia, dos grandes productores de fertilizantes, ha desencadenado tanto escasez como altos precios, golpeando a la agropecuaria. En algunos países, los grandes agricultores se enfocarán en cultivos que requieran menor fertilización y sean exportables, lo que a su vez reducirá la diversidad de la producción nacional de alimentos. En otros países las dificultades son mucho mayores ya que ponen en cuestión la viabilidad de pequeños o medianos agricultores y la obtención de alimentos básicos para las familias y las comunidades, como se está denunciando en Perú y naciones centroamericanas.

La entremezcla de tensiones que produce la guerra se suma a la miopía desarrollista en varios gobiernos. Esto se ilustra con el presidente de Brasil, Jair Bolsonaro, que ante la falta de fertilizantes, que a su vez son necesarios para sostener las exportaciones de los conglomerados agroempresariales, plantea como solución liberalizar la minería dentro de la Amazonía para explotar allí potasio. La guerra se convierte en un argumento para justificar excepciones o rebajas en la protección del bosque y de las tierras indígenas.

Una segunda ola de efectos alcanza a los flujos de capital y las condiciones financieras. A pesar de la bonanza con los commodities, las exportaciones latinoamericanas también padecen la congestión y trabas logísticas, y todo enlentecimiento económico, por ejemplo en China, reduce inmediatamente el desempeño económico en América Latina.

Los temores en los agentes financieros hacen que persista la apuesta por el oro como refugio. La consecuencia de ello es que esa condición sigue alimentando la minería de oro formal, pero sobre todo ilegal, que se disemina como una epidemia por los ríos de Colombia, Bolivia, Brasil, Perú, Ecuador y Venezuela. Esto tiene secuelas de deforestación, contaminación por mercurio de suelos, aguas, fauna y personas, y niveles intolerables de violencia y corrupción.

Al mismo tiempo, la inflación está aumentando en casi todos los países latinoamericanos, y es empujada especialmente por el alza en combustibles y alimentos. Hay gobiernos que posiblemente se verán forzados a aumentar sus subsidios a los combustibles o importar más alimentos, y por ello, se endeudarán. Todo esto ocurre en una América Latina que fue muy golpeada por la pandemia por Covid, padeciendo retrocesos económicos y mayor pobreza y desempleo.

Eso explica una tercera ola de impactos que se traducen en deterioros en la suficiencia alimentaria, problemas en asegurar o formalizar empleos, y todo ello a su vez sigue alimentando la pobreza. Bajo esas condiciones surgen protestas ciudadanas. Las pri-

meras reaccionan ante el costo de los combustibles, como ocurrió con las movilizaciones de camioneros en Chile, mientras que otras ya suman otros reclamos en otras cuestiones, como el paro del transporte y agricultores en Perú. El deterioro ambiental persiste o se agrava, tanto a escala local como planetaria.

La guerra en Ucrania al mismo tiempo coincide y exacerba una disputa entre grandes economías y bloques de países que está enfocada en recursos naturales cada vez más escasos. Hay gobiernos y empresas que intentan asegurar su acceso a ellos, y que a la vez compiten por que los impactos sociales, económicos y ambientales sean asumidos allí donde ocurre la extracción.

América Latina en su condición de exportadora de materias primas sigue subordinada a esas condiciones globales. La guerra en Ucrania no ha provocado, por ahora, una reacción que lleve a recuperar la soberanía ante esa dependencia de los extractivismos exportadores, sino que, por el contrario, se los refuerza. Otra vez, como ocurrió durante la pandemia, se argumenta que se deben aprovechar las exportaciones de hidrocarburos, minerales o agroalimentos para retomar el crecimiento económico. No se aceptan abordar, y en muchos casos ni pensar, alternativas a esa condición. En tanto los gobiernos siguen apostando por los extractivismos para lidiar con los efectos de la guerra, reducen sus propias capacidades para amortiguar esos impactos. Dicho de otra manera, enfrentan la crisis con medidas que los hacen aún más frágiles ante ella.

Pero más allá de ese entusiasmo, más allá que esos gobiernos lo reconozcan o no, esos extractivismos ya están enfrentados a varios límites ecológicos. Entre ellos se cuenta la fase de agotamiento de hidrocarburos que se observa en Bolivia, Perú, Ecuador y Colombia, o la creciente problemática de la agropecuaria en Argentina o Brasil por las olas de calor, sequías o incendios. También existen límites económicos y sociales, ya que los extractivismos no ofrecen los beneficios económicos que predicen sus promotores, no resuelven los problemas de pobreza o desempleo, y por si fuera poco, desencadenan inevitablemente más conflictividad. De este modo, una vez más resurge la disputa por preservar la Naturaleza y asegurar la calidad de vida. 🌱

Nota:

Para profundizar más en el tema recomendamos la reciente publicación de Eduardo Gudynas, disponible en abierto: *Muy lejos está cerca. Los efectos de la guerra en Ucrania sobre el comercio global, energía y recursos naturales latinoamericanos. Un análisis preliminar.* www.globalizacion.org

